

LUIS VIVES Y LA GUERRA

En las grandes crisis del espíritu, el individuo, como si dudara de sus propias fuerzas, al modo de un niño sorprendido por la tempestad en un bosque, tiende fatalmente á buscar en la historia de su raza y de su pueblo puntales que sostengan su fe, asideros á que amarrar la débil nave de sus pensamientos. Con motivo de esta guerra, que está llamada á ser una de las más críticas de la historia humana, todos los pueblos espiritualmente relacionados con ella han vuelto los ojos á su pasado en un vivo afán de oír de nuevo la voz de sus dormidos oráculos, de sus pretéritos pensadores prominentes. En esto, como en todo, España ha sido casi una excepción. ¿Es que en la historia de nuestra cultura no ha habido hombres cuya voz merezca resonar de nuevo, cuyo criterio no tenga ahora y por siempre una definitiva actualidad?

Una serie de motivos, al pensar en esta guerra, nos hacen recordar á nuestro Luis Vives, quizás la más alta contribución de España á la historia del

pensamiento. En primer término, Vives, el valenciano europeizado y europeizante, pasó gran parte de su vida en esa mísera tierra flamenca que ahora sufre el borgeguí del invasor germánico. En Brujas vivió muchos años; allí, en el barrio de los comerciantes españoles, en el Lange Winckel, en casa de un acaudalado español, D. Pedro de Aguirra (ó quizás Aguirre), halló hospitalario refugio en tiempos de enfermedad y dolor; allí se casó con doña Margarita Valdaura, y allí murió, á los cuarenta y ocho años, el 6 de Mayo de 1540. Había nacido en Valencia en 1492.

Si se diese el milagro de que sus cenizas recobrarán ahora su forma humana, ¿qué diría de la guerra aquel gran espíritu liberal, que iba por delante no sólo de su época, sino de la nuestra? He vuelto á leer estos días la traducción inglesa de su «De tradendis disciplinis», por Foster Watson, y la extensa introducción en que este culto escritor inglés hace un buen resumen de las doctrinas del humanista español. Sus juicios sobre la guerra son terminantes, audaces, implacables. Su anhelo era la paz universal, defendida en el libro «Concordia y discordia en el género humano», que dedicó á Carlos V.

Este hecho de dedicar una defensa de la paz universal á un hombre del temple de Carlos V, ¿no pinta un carácter? ¿Qué alemán de hoy se atrevería á escribir así, y menos aún á dedicárselo á Guillermo II? Habría que temer que su conducta fuera con-

siderada como un delito de lesa patria y de lesa majestad.

Los héroes guerreros le merecen escaso respeto á Vives. En sus «Causas de la corrupción de las artes» dice estas valientes palabras: «¿Se ensalzará á Julio César porque envió tantos miles de hombres á una muerte violenta, no pudiendo dar vida á uno solo?» Hablando de la enseñanza de la Historia, asegura Vives que las guerras no deben figurar en ella sino breve, escuetamente, y sin aprobarlas, más bien aborreciéndolas. No debe encomiarse á un vencedor después de una guerra, sino que «tal guerrero—añade—debe ser para nosotros un ejemplo de lo que engendra una depravada pasión de ambición, de ira ó concupiscencia, y debe revelarnos sobre qué leve é incierto punto de apoyo se basan los asuntos y fortunas de los hombres al depositar tan completamente nuestra confianza en manos de tales hombres.» ¿Es posible fallar con menos palabras y más elocuencia sobre el militarismo?

Raro es el libro de Vives en que no se condena rotundamente la guerra. En sus «Comentarios á la Ciudad de Dios, de San Agustín», aparecen estas enérgicas palabras: «Los hombres han eliminado la paz voluntariamente y de intento deliberado, imaginando que toda nuestra felicidad consiste en los tumultos de la guerra y en las carnicerías. Y así nos envanecemos de haber asesinado tantos hombres, de haber incendiado tantas ciudades, saqueado tantas

poblaciones, fundando nuestra gloria principal en la destrucción de nuestros semejantes.» Por estas líneas se ve que el espíritu de Vives no estaba aún preparado para la nueva ética de la guerra. No faltarán gentes que digan que su espíritu no era bastante moderno para comprender las virtudes militares...

La profunda visión que Vives tenía de las guerras se revela en sus «Causas de la corrupción de las artes», al decir que todas las guerras son civiles. Y en los «Comentarios» stampa estas contundentes palabras: «Verdaderamente, no es propio el combatir ni de los hombres buenos, ni de los ladrones, ni de nadie que sea hombre, sino que es una furia bestial y, por lo tanto, se la llamó «bellum», de «bellua», bestia.» A Vives le sorprende que la guerra sea un medio de ascenso en categoría social. En la «Introducción á la sabiduría» dice que «la guerra, esto es, el pillaje sin castigo, es un gran medio para que los hombres alcancen honor: tal es la locura de la gente estúpida».

Fundamentalmente, la preocupación que Vives siente por la guerra tiene una finalidad pedagógica. A pesar del libro dedicado á Carlos V en favor de la paz universal, es probable que esperase más de la modificación de los hombres en su infancia, mediante la enseñanza, que en su madurez mediante discursos y tratados pacifistas. Si esto pensaba Vives, tenía razón. La paz perpetua no puede improvisarse ni acaso esté reservada la misión de conquistarla á los

políticos, sino á los maestros de escuela. De ahí su repetido empeño en fijar las reglas para la enseñanza de la Historia en relación con las guerras. He aquí un último ejemplo del afán que animaba al humanista español:

«No deben estudiarse muy detalladamente las guerras y batallas, pues simplemente equipan el cerebro con ejemplos para cometer el mal y muestran el modo en que podemos infligirnos daños los unos á los otros. Sin embargo, no podemos menos de indicar brevemente quiénes tomaron las armas, quiénes fueron los jefes de ambos bandos, dónde tuvo lugar el conflicto, quiénes fueron vencidos y qué les aconteció. Pero sea lo que fuere lo que se diga ó se lea en la Historia, no deben considerarse las guerras sino como casos de robo, como por lo común lo son ciertamente, á excepción quizás de cuando se emprenden contra ladrones. Pero, aun entre cristianos, los fundamentos de la guerra tienen con demasiada frecuencia otras causas menos justificadas.»

Las guerras son casos de robo. En estas duras palabras está resumida toda la concepción de Vives sobre las guerras. En las escuelas se alecciona á los niños á no robar como individuos á otros individuos. Vives perfila una nueva pedagogía: enseñar á los niños á no robar—territorios, libertades, colonias—como miembros de una nación á otras naciones. Está visto: el nuevo pacifismo ha de ser ó revolucionario—perdónese la paradoja—ó pedagógico.

Celebremos los españoles tener entre nuestros ascendientes espirituales un Luis Vives, que echa los fundamentos de una pedagogía no ya social, sino internacional, donde se ha de ir forjando lentamente la paz del mundo.

7 de Mayo de 1915.

PARA QUE UNA DEMOCRACIA SEA FUERTE...

Lloyd George sigue dando fieramente la batalla al más terrible de los enemigos de Inglaterra: al alcoholismo. Cuando, hace unas semanas, dijo que la producción de municiones, la construcción y reparación de barcos de guerra y los transportes militares estaban sufriendo peligroso retraso por culpa del abusivo consumo de alcohol á que se entregan los obreros, se le censuró duramente. Unos, los eternos patriotas, los que consideran un dechado de perfección cuanto se relaciona con las partes integrantes de la patria, juzgaron una ligereza acusar públicamente á los obreros ingleses del vicio de la embriaguez. ¿Qué dirían los alemanes al enterarse? Entre estos patrióticos enaltecedores de las virtudes británicas no faltarían seguramente hombres de esos que en época normal combaten las reclamaciones de la clase obrera, arguyendo que, si su suerte no es mejor, se debe sólo

á su propia culpa, á su carencia del hábito del ahorro, á su inveterado vicio del alcoholismo.

Otros, entre los directores obreros principalmente, censuraron á Lloyd George por estimar sus declaraciones una calumnia para la clase trabajadora de Inglaterra. Pero, desgraciadamente, acaba de verse que no había calumnia. El Gobierno inglés publicó hace unos días un informe especificando numerosos casos concretos en que el abuso del alcohol había dañado seriamente á la producción y transporte de materiales de guerra. En un caso, la quilla de un barco quedó tan mal colocada que fué menester rehacer el trabajo. En otro, se demuestra que son abundantes los «destroyers» no terminados aún por causa de los obreros. En otra circunstancia, un transporte que había de conducir al Continente 1.000 hombres tuvo que retrasarse veinticuatro horas por embriaguez y desertión de los tripulantes. El almirante Jellicoe se quejó el 26 de Marzo al ministro de Marina del retraso que el alcoholismo estaba originando en las reparaciones y otros trabajos de la escuadra. El hecho es, pues, patente, y el Gobierno inglés busca con inquietud el medio de corregirlo.

Pero no hay por qué negar el hecho. Antes bien, conviene afirmarlo con valor y ensayar el modo de descubrir sus últimas causas, por si de ellas se desprende alguna lección que beneficie á todos los pueblos, y no sólo al inglés. Indudablemente, no faltarán espíritus de limitada visión que atribuyan este hecho

á falta de disciplina, á excesos de libertad, en suma, á un régimen de democracia. Como remedio señalarán á Alemania, donde la vida toda está militarizada y donde no se come ni se bebe sino por edicto gubernamental. Es cierto: un medio de corregir las imperfecciones del hombre parcialmente libre consiste en quitarle toda libertad, en reducirle á una severa esclavitud. El procedimiento más radical de eludir los servicios de irresponsabilidad es la privación de toda responsabilidad. Los inconvenientes de un avance parcial por el camino de la liberación del hombre se subsanan saltando atrás al punto de partida.

Este criterio no puede tener validez para quien busque una raíz y una solución liberales para todo problema social. Frente á los que, en este caso concreto de embriaguez, aseguran que se trata de un exceso de libertad, hay que hacerse esta pregunta: ¿no se deberá más bien ese fenómeno á una excesiva limitación de la libertad? Veamos, pues, en efecto, si este hecho de alcoholismo, que tanta influencia puede ejercer en los resultados de la guerra, se debe, por parte de los obreros, á un abuso de la libertad que se goza en Inglaterra ó, al contrario, es la consecuencia fatal de una opresión excesiva á que viven sujetos normalmente los obreros ingleses.

Como resultado de la guerra, han subido los jornales en aquellas industrias relacionadas con los armamentos. Hay menos obreros, á causa de los que se han alistado en el ejército, y hay mucho más tra-

bajo. Así, hoy es corriente que los trabajadores ocupados en esas industrias ganen cinco ó seis libras esterlinas semanales (125 ó 150 pesetas); un buen mecánico puede llegar á ganar de 10 á 15 libras (de 250 á 375 pesetas) por semana. Los jornales se han duplicado y en ocasiones cuadruplicado. Esta es la causa inmediata y externa del alcoholismo.

Los moralistas de costumbre, al enterarse de esto, dirán con indignación que los obreros debieran ahorrar esos jornales extraordinarios ó invertirlos en cosas de más provecho, en vez de consumirlos en alcohol. Si los obreros ingleses pudieran y quisieran responder á este reproche, lo harían así: «Señores moralistas: ustedes no saben, por lo visto, qué vida es la nuestra. Nuestras casas son zahurdas infectas, situadas en callejones siniestros. Normalmente, apenas si podemos nutrirnos de otra cosa que de pan y de té. Carecemos de luz, de aire y de calor. Vivimos desesperadamente entre el recuerdo de un pasado angustioso, la realidad de un presente miserable y la perspectiva de un porvenir de hospicio. No gozamos de ninguno de los bienes de la tierra. Somos los hambrientos absolutos. Sentimos todas las hambres, las materiales como las espirituales, hambres acumuladas durante años y generaciones, hambres exacerbadas por la desesperanza de que nunca han de ser satisfechas. De pronto, un acontecimiento mundial, que no comprendemos bien, nos permite ganar dos, cuatro veces más que de ordinario. He aquí una ocasión

para acallar momentáneamente nuestros apetitos naturales. Por primera vez en nuestra vida nos sobra dinero. ¿Guardarlo? Las privaciones pretéritas y presentes exigen una compensación demasiado urgente para pensar en las futuras. Nuestra vida de ayer y de hoy es harto terrible para sacrificar un goce seguro é inmediato al mañana incierto. Este goce ha de ser por fuerza grosero. Nos se nos ha educado para más altos refinamientos. No se nos ha preparado para los placeres del conocimiento científico ni de la emoción artística. No tenemos vida interior. No conocemos más templo espiritual que la taberna. El alcohol nos hace olvidar nuestra vida, da calor á nuestros miembros, vigoriza momentáneamente nuestros músculos y nervios agotados, y, de añadidura, nos abre en el cerebro un panorama de visiones bellas, de ensueños deslumbrantes, de fuertes esperanzas. El alcohol nos borra la vida real y nos exalta la fantástica. Nos emborrachamos, en fin, por pobres y por incultos. Pero de esta pobreza y esta incultura nuestras no somos nosotros los culpables.»

Y si á esto replicasen los moralistas con discursos sobre el patriotismo y la responsabilidad nacional, los obreros, si pudieran y quisieran, responderían de nuevo:

«No sabemos lo que es el patriotismo ni la responsabilidad nacional. No nos lo habéis enseñado. No nos habéis dado nada que, al formar parte de la patria, nos obligue á amarla y defenderla. No po-

seemos más que nuestro trabajo, y, en el fondo, da lo mismo que lo usufructéis vosotros ú otros. En tiempos de paz, no nos disteis nada de lo que poseáis, y ahora pretendéis que sintamos la responsabilidad de defenderlo. No somos antipatriotas é irresponsables deliberadamente; si tuviéramos conciencia de lo que somos, á pesar de nuestros agravios justísimos, de nuestro sentimiento de la justicia hondamente herido, dejaríamos de serlo. Al emborracharnos, somos apatriotas y irresponsables; esto es, por falta de conciencia. Pero de esta falta de conciencia no somos tampoco nosotros los culpables; si no vemos claramente la idea de patria y de nación es por causa del abandono y de la injusticia en que se nos ha tenido. Es vuestra propia injusticia y falta de patriotismo que rebotan en nosotros y vuelven á vosotros, á heriros.»

Este problema del alcoholismo, con todas sus profundas raíces, que ahora se ventila en Inglaterra, pone de relieve la vieja enseñanza, sostenida por todos los verdaderos liberales, de que una nación es tanto más fuerte cuanto mayor sea la holgura económica y el nivel mental de sus habitantes. La pobreza y la incultura son incompatibles con la idea de responsabilidad colectiva, de comunidad. No habrá sido baldía para Inglaterra esta lección. ¡Ojalá la aprendan en cabeza ajena otros pueblos!

11 de Mayo de 1915.

HERMANA Y MAESTRA

La creciente solicitud con que los dos grupos beligerantes giran en torno de la intervención de Italia es para los españoles una honda fuente de melancolía: Italia ha ganado definitivamente el espaldarazo de gran potencia; oficialmente lo era de antiguo, desde su ingreso, en 1882, en la Triple Alianza; pero nadie consideraba su fuerza al par de las otras cinco potencias: era algo así como el escudero de los imperios germánicos. En los nueve meses que llevamos de guerra, el escudero, separándose de los que eran más señores que aliados, ha ganado, él mismo, la dignidad de señor, y hoy todas las potencias le tratan de igual á igual. Sin disparar un tiro, sin verter una gota de sangre, Italia ha ganado la gran batalla de las jerarquías.

¿Y por qué ha de ser esto motivo melancólico para los españoles? No, seguramente, por lo que hay de esplendoroso, de deslumbrante, en suma, de externo, en los atributos del poder. Ningún ser de razón puede admirar la fuerza por la fuerza. Pero una rea-

lidad fuerte atrae la atención respetuosa de los extraños, y en este hecho se operan dos procesos exaltadores: por una parte, penetran en un foco de luminosidad los valores materiales é ideales (industria, comercio, ciencia, arte) de la nación vigorosa; por otra, la conciencia de esta luminosidad estimula el espíritu de esa nación á mantener su rango de cultura y á crear valores nuevos. La atención del mundo sobre Italia es como un Argos gigantesco que lleva sus miradas escrutadoras, después de pasar revista á sus soldados y á sus buques de guerra, á conocer lo que el pueblo italiano ha hecho en el orden práctico y en el especulativo. Un buen anuncio no favorece menos á una nación que á una fábrica ó una casa de comercio. El último discurso de D'Annunzio en Quarto vale por cien viajantes de comercio y por cien profesores que se echaran al mundo á divulgar la cultura italiana.

A su vez, esta conciencia del pueblo italiano de que en este momento es el centro de la atención mundial constituye una fuente de exaltaciones y de nuevas actividades. Nadie crea espontáneamente nada por sí mismo; todo acto libre aspira á la consagración del prójimo. Las creaciones humanas tienen siempre una psicológica raíz social. Cuanto mayores sean la solicitud y el beneplácito del medio ambiente, tanto mayor la íntima urgencia creadora. Así también en los pueblos. Un pueblo que despierta la curiosidad y acaso se gana la admiración de otros

pueblos recibe de rechazo un impulso de superación, un anhelo de ser más de lo que es. Y al contrario, un pueblo que vive como en una isla por descubrir, sin estímulos internacionales, ha de llevar forzosamente una existencia lánguida, y todo esfuerzo que no tenga por fin su conservación le parecerá lastimosamente estéril. En la vida europea España es, en este sentido, como una isla remota y apenas conocida, é Italia, terreno firme del continente europeo en estos instantes, psicológicamente pueblo céntrico y no periférico.

Pero repitamos: ¿por qué ha de ser esto melancólico para los españoles?

No, ciertamente, porque Italia haya alcanzado la categoría de gran potencia, lo que en nuestro sentir significa, fundamentalmente, gran pueblo cultural, sino porque ahora se hace más claro que nunca que mientras Italia daba este paso gigantesco, España permanecía casi estacionaria. En la línea del desenvolvimiento, hace medio siglo, ó mejor sería decir un cuarto de siglo, Italia iba á la zaga de España; desde luego no iba por delante. Sería curioso un triple estudio comparativo sobre lo que era la Italia de entonces junto á la de hoy, y la España de entonces junto á la de hoy y la diferencia del camino recorrido por los dos países en este tiempo.

¿Y qué factores han determinado esta diferencia? Desde luego, Italia tiene sobre España ventajas geográficas que no pueden omitirse. Está en el centro

del Mediterráneo, es una de las más favorables puertas europeas para el tráfico económico con Oriente y América; una de las arterias ferroviarias más céntricas de Europa termina en Italia.

La apertura del Canal de Suez fué como una inyección de vida económica para el pueblo italiano.

Pero la geografía no lo es todo. Dos grandes factores de impulso económico han sido el turismo y la emigración por estaciones. En España podrían haberse dado estos factores en la misma forma. En vez de favorecer el turismo, parece como si los españoles lo hubiéramos querido imposibilitar, con absoluto éxito. Por la emigración de retorno ó de golondrina, como se la llama generalmente, nada hemos hecho.

Gratuitamente debiera repatriar el Estado español á los españoles que desearan volver una vez terminada la época de la recolección en la Argentina y otras Repúblicas americanas; de esa suerte disminuiría la pérdida de nuestra población, crecería nuestra riqueza nacional y mejoraría la condición de nuestra agricultura.

Mas lo que esencialmente distingue á Italia de España en el último medio siglo es que nuestro país parece no haber tenido política internacional en este tiempo, y los italianos no han dejado un momento de tenerla.

Ese es el hecho externo que diferencia históricamente á los dos países.

Ahora bien; esa actividad externa de Italia, ¿es

consecuencia de una gran vida interior, ó, al contrario, es su causa? Muchos han representado el desenvolvimiento de Italia con una alegoría: la del árbol que tiende más á extender sus ramas que á hundir sus raíces en la tierra. De todas suertes, en estos instantes nadie negará el paralelo que existe entre la fuerza de Italia como potencia internacional y su fuerza interior (economía y cultura).

El ejemplo de Italia plantea un serio problema para los países como España, que están donde estaba el italiano hace aún pocos años. La vida de los pueblos se polariza en dos actividades: intensiva, de desarrollo interno, la una, y extensiva, de expansión, la otra. ¿Cuál de las dos precede á la otra? En Italia se dijera que la dimensión extensiva se anticipa á la intensiva. La política internacional moderna de Italia puede decirse que comienza con la participación del Piamonte en la guerra de Crimea. En 1882 ingresa en la Triple Alianza. Desde entonces el Mediterráneo y el Adriático, el Norte y el Este del África, sus territorios irredentos y los Balkanes, le han servido constantemente de pretexto para una política exterior. Por otra parte, una política exterior no puede fundarse en un sentimiento puro ni en un afán puro de conquistar por conquistar. A juicio de muchos, la energía económica nacional debe preceder á toda política internacional. En 1907, una publicación francesa, la «Revista Política y Parlamentaria», publicaba un estudio de Fiamingo, exponiendo las razones eco-

nómicas de la política extranjera de Italia. En último término, el desarrollo interno y la política externa de un país, ¿no serán dos factores que se determinan alternativamente? El ejemplo de Italia debiera ser manantial de enseñanza para los españoles. La historia de su desarrollo pudiera servirnos de fecundísima lección. Y la rapidez de su desenvolvimiento debiera ser espoleante motivo de inspiración y esperanza.

14 de Mayo de 1915.

UN VEREDICTO DE ASESINATO

En el turbión de hechos que la guerra engendra á diario, ha habido dos, correlativos, que no han tenido la resonancia correspondiente á su profunda significación. Uno es el veredicto que un Jurado inglés, después de una minuciosa investigación judicial, pronunció hace unos días en Kinsale sobre la muerte de cinco pasajeros del «Lusitania». En ese veredicto aparecen estas punzantes palabras:

«Vemos que este espantoso crimen se cometió en contra del Derecho internacional y de los acuerdos de las naciones civilizadas. Y también acusamos ante el tribunal del mundo civilizado á los oficiales de dicho submarino y al emperador y Gobierno de Alemania, bajo cuyas órdenes obraron, del crimen de asesinato premeditado y en grande escala.» (With the crime of wilful and wholesalemurder.)

Dos días después de este extraño veredicto, y probablemente como consecuencia de él, aconteció otro hecho extraordinario: el rey de Inglaterra dispuso que se borrarán de la Orden de la Jarretiera, de la

cual es soberano, los nombres de los caballeros siguientes: el emperador de Austria, el emperador alemán, el rey de Wurtemberg, el príncipe heredero alemán, el gran duque de Hesse y del Rhin, el príncipe Enrique de Prusia, el duque de Sajonia Coburgo Gotha y el duque de Cumberland. No se ha dicho por qué se han borrado estos nombres de la Orden de la Jarretiera; pero bien se adivina que ha de ser por no estar capacitados para pertenecer á ella los que sufren acusación de asesinato. De esta suerte comienza la sanción del enérgico veredicto de Kinsale.

Estos dos hechos, al parecer demasiado irreales, son un triunfo para los que al comienzo de la guerra exigían como una de las condiciones de la paz responsabilidades personales. Debemos congratularnos los españoles de que fuera un hombre de nuestra lengua, el antiguo embajador de Colombia y recio escritor D. Santiago Pérez Triana, quien suscitara con su carta al «Times» este grave problema de la responsabilidad personal. Entonces parecía remota, más bien utópica, la idea de exigir responsabilidades personales al emperador de Alemania y de imponerle un castigo, como á Napoleón.

Pero la idea de responsabilidad personal está en el espíritu del pueblo inglés; en rigor, no puede dejar de estarlo en el espíritu de ninguna democracia. Para los ingleses, no es, como para los alemanes, el Estado una abstracción irresponsable superior á toda culpa é inaccesible á las manos vindicativas de los

individuos. Parodiando la frase clásica, los ingleses le han dicho al emperador alemán: «El Estado eres tú.» Lo que quiere decir que han de ser él y los que le rodean, acatando libremente ó inspirando su voluntad, los que respondan en persona de los crímenes que cometa el Estado germánico. Esto mismo ha dicho el Gobierno inglés á los gobernantes turcos que le amenazaron con enviar á Gallípoli súbditos ingleses y franceses no combatientes á ser despedazados por la artillería anglo-francesa: les ha declarado personalmente responsables de los daños que esos súbditos sufran.

Este criterio de la responsabilidad personal, si se universalizara, sería un poderoso dique para toda guerra futura. Si un jefe de Estado y sus gobernantes fueran proclamados asesinos responsables por la nación á la cual declaran la guerra, no hay duda que habría menos conflictos armados. En la futura Conferencia de La Haya, las naciones verdaderamente pacíficas debieran proponer este acuerdo: «Son personalmente responsables de una declaración de guerra el jefe de Estado y el Gobierno que la suscriben; la nación agredida no concertará la paz hasta poder castigarlos como á asesinos vulgares, y si su flaqueza le obliga á firmar la paz antes de cumplir esta condición, se abstendrá en lo sucesivo de mantener relaciones oficiales con la nación vencedora, fundándose en que al frente de ella hay asesinos situados fuera de todo Derecho.» Para el supremo delito de

una guerra, no ha solido haber hasta ahora más sanción que la contingente de un levantamiento popular. Si se generaliza la sanción impuesta por el enemigo á los gobernantes de la nación agresora, las guerras tendrán menos originadores y menos partidarios.

Sin embargo, ese veredicto del Jurado de Kinsale declarando asesinos al emperador y Gobierno de Alemania, ¿no será una nueva abstracción ineficaz y transitoria de la cual nadie se acordará al término de la guerra?

Quien conozca al pueblo inglés, sabe que ese veredicto es un abismo que se abre entre él y la Casa de los Hohenzollern. Acaso Inglaterra no pueda llevar al banquillo de los acusados al emperador y gobernantes de Alemania. Si puede, los llevará y les impondrá un castigo inexorable como á cualquier delincuente callejero; pero si no puede, las relaciones oficiales quedarán indefinidamente rotas, aun firmada la paz. De otra suerte, el veredicto de Kinsale sería una mojiganga jurídica, de la que no es capaz el pueblo inglés.

El veredicto de Kinsale hace incompatible la existencia de los Hohenzollern con la existencia de Inglaterra.

Los ingleses prolongarán la guerra, acompañados ó solos, hasta quitar á los Hohenzollern la jefatura del pueblo alemán. Si la empresa es inmediatamente superior á sus fuerzas, sobrevendrá la paz;